

KÖHLER, KOFFKA, MORGANA Y YO

Claudia Nicolini
Correctora de pruebas de *La Gaceta*, de Tucumán

La creatividad de una correctora

A mis tres compañeras del diario *La Gaceta*.

No puedo pretender que mi experiencia tenga valor universal ni mucho menos. Pero desde hace 11 años, soy correctora, y siento muchas veces que es una tarea ingrata. Suelo compararla con la del ama de casa: solo se nota cuando algo está mal hecho. Inclusive, diría que es más ingrata: después de todo, las madres pueden llegar a escuchar un «¡qué rico!», de vez en cuando...

Se sabe: en un diario, tradicionalmente, los periodistas son estrellas; todas las puertas se abren ante una credencial que diga «Prensa». Por otro lado, con el auge de la imagen, fotógrafos y diseñadores van pisándoles los talones. También hay premios internacionales para ellos. El reconocimiento al acto creativo suele llegar, tarde o temprano. Aunque difícilmente alguien se acuerde del corrector cuando lea una crónica bien escrita; a primera vista, nada hay de creativo en la corrección de algo realizado por otro.

Pero esto no es todo: además de ser una tarea ingrata, la del corrector (al menos la del que trabaja como nosotras: en una carrera contrarreloj y con lecturas en una computadora) es una tarea paradójica. Exige un ejercicio que fuerza el funcionamiento «normal» (para llamarlo de alguna manera) de la percepción. La cuestión es que, con el vértigo inherente a la producción de la noticia, los textos para corregir van apareciendo en nuestras pantallas, y, a toda velocidad –los horarios de cierre apremian–, debemos deslizar nuestra mirada sobre ellos. Además, a medida que detectamos errores – ortográficos y de tipiado–, debemos permanecer atentas al sentido y, también a la precisión de los datos. De lo contrario, corremos el riesgo de que, en un diario de 2005, salga publicado algo así: «El presidente Alfonsín dijo que hay que botar a López Murphy», en lugar de «El ex presidente Alfonsín dijo que no hay que votar a López Murphy». Resulta evidente que, ni siquiera con un eficiente corrector ortográfico, una computadora por sí sola puede resolver este problema. Así son las cosas; la tarea de un

corrector consiste, por un lado, en descomponer las palabras en sus elementos (lo que llamamos *deletrear*) y, por el otro, en seguir manteniendo su Gestalten, para poder descifrar el sentido de cada frase. Todo esto, a la máxima velocidad posible. Es cierto; dicho así no parece gran cosa, pero podría llegar a demostrarse lo contrario.

La Gestalt

La hipótesis que me interesa plantear sustenta que leer letra por letra es antinatural. A propósito de esto, la escuela de la Gestalt, cuyos padres fueron Köhler y Koffka, se dedicó a estudiar la Psicología de la Percepción. Lo que sigue son algunas explicaciones que dan fundamento a mi hipótesis:

La organización según un campo sensorial es un hecho característico del sistema nervioso. Los sujetos no experimentan sensaciones simples y luego las combinan para formar otras más complejas, sino que perciben directamente configuraciones complejas como una totalidad; el análisis de los elementos es posterior. Este fenómeno es totalmente a priori y tiene fines adaptativos. El intento de analizar por separado los componentes de una estructura siempre requiere un esfuerzo e, incluso, un aprendizaje: es necesario invertir el proceso inconsciente y automático del acto de organizar. El transcurso del tiempo y la experiencia aumentan la constancia perceptiva porque se incrementa la capacidad de organización de los estímulos según los patrones adquiridos. Esta característica hace posible que el mundo sensorial se transforme en algo con significado. En pocas palabras, podríamos decir que la tendencia natural es captar los mensajes de las palabras aun cuando estas no estén correctamente escritas, ya sea por trasposición de elementos, porque falten letras o se hayan colocado las que no corresponden (el típico error de ortografía o de tipiado). Los gestaltistas explican el fenómeno con la «ley de cierre», que da cuenta de por qué las figuras incompletas tienden a percibirse como figuras completas. Y como si esto fuera poco, la experiencia, las emociones, las motivaciones y las actitudes son variables intervinientes que determinan —en cierto sentido— qué y cómo se percibe. Entonces, un segundo de distracción en la lectura puede resultar fatal. Porque, aunque el texto diga: «La primera dama tenía un mono en la cabeza», el receptor ve lo que tenía que decir: «La primera dama tenía un moño en la cabeza». ¿Se imaginan la cara del jefe de redacción al día siguiente? Y no nos engañemos: a lo largo de una jornada laboral, las distracciones pueden ser muchas; después de todo, los correctores somos humanos, ¿no? Pero

nuestros tropiezos no terminan aquí. Hay también una cuestión que se sumerge en el ámbito de lo subjetivo: la corrección suele ser vivida como herida narcisista. Supongo que esto se remonta a la reprimenda paterna, pero lo cierto es que son pocas las personas que están dispuestas a aceptar la necesidad de que un tercero revise sus textos. Y esas pocas suelen tener un fuerte espíritu socrático –el famoso «solo sé que no sé nada»– que les permite aceptar los límites que impone su humanidad y reconocer que su saber específico es diferente del saber del corrector; y que ambos saberes se complementan. Así son las cosas; a la experiencia de la naturaleza humana forzada por la praxis se suma la de una suerte de rencor mudo contra lo que algunos colegas periodistas llaman *la tiranía de las correctoras*. Y la correctora, cuya tarea, sin embargo, es noble, queda en el medio. Digo que es noble porque, de algún modo, su función es tratar de lograr el mejor uso posible de ese legado invaluable que es la lengua, en nuestro caso, la lengua española, para los hablantes –y escribientes–. Defensoras de pobres parecemos a veces, pues las agresiones a las que la lengua es sometida por nosotros –sus usuarios– pueden llegar a ser sangrientas. Y poca gente se preocupa por ello. «Se entiende igual», suele escucharse, y suena a fastidio... y una vez más, la correctora, en el medio.

Morgana

La protagonista femenina de *En los límites del aire*, de Haroldo Cuevas –hermosa nouvelle de Rogelio Ramos Signes¹–, se llama Morgana. Ella trabaja en una imprenta, es correctora de pruebas. Morgana es una extraña analfabeta: no sabe leer, pero es capaz de repetir de memoria libros completos. Y eso no es todo: Morgana es una «operaria»; lo que podríamos llamar *un androide*. ¿No es fascinante? Entre las cosas que suceden con Morgana, está el hecho de que le enseñan a leer, y para ello utilizan un libro que, por supuesto, ha sido corregido por ella. Pero, antes de todo esto, a Morgana le han sucedido otras cosas: se ha enamorado –y, para colmo, de un humano– y, cuando en la imprenta descubren que está embarazada, matan a su niño y la esterilizan. Mientras tanto, se le han «escapado» unas erratas, y termina expulsada de «La Gran Fábrica». Ramos Signes no lo dice, pero me gusta pensar –y al mismo tiempo me duele pensarlo– que, mientras Morgana se limitó a ser solo una «operaria», fue una correctora efficientísima, pero se enamoró y, cuando comenzó a humanizarse, se le escapó el error...

Sí, ya sé; es solo una de las muchas interpretaciones posibles de esta parte de la historia de Morgana. Pero me sirve para pensar mi práctica. Ser corrector pone al ser humano en el punto de forzar su naturaleza; más precisamente, la estructura misma del sistema nervioso, según explica la Psicología de la Gestalt. Quizás sea ese, entonces, el acto creativo cotidiano de las correctoras: el de construirnos día a día como seres humanos intentando ser tan eficientes como una «operaria», aunque sabemos que no lo lograremos nunca; comprensivas –aunque, a veces, perdamos la paciencia; perdón por ello– con la susceptibilidad y hasta con la paranoia de nuestros semejantes; y con la tranquilidad de saber que nuestra mayor recompensa será la satisfacción íntima y silenciosa que nos da leer, al día siguiente, nuestro trabajo. Aunque los demás no sepan que también es nuestro.

.....

¹Rogelio RAMOS SIGNES: *En los límites del aire, de Haroldo Cuevas*. Revista *El Péndulo*, N.º 13. Buenos Aires: 1986.